

CUANDO yo era niña, recuerdo haberme sentido muy fascinada por un recurso literario común a varias de las historias de amor primeras que leí, bien procedentes del campo de la novela rosa (aquella colección en rústica desde cuya portada solía mirarnos, por una cincuenta, cierta extraña mujer de boquita pequeña, ojos perdidos en la lejanía y sombrero calado hasta las cejas), bien de unos folletones decimonónicos con olor a humedad que habían alimentado también sueños juveniles de mi madre y se guardaban en los armarios de una casa donde verneábamos, en Galicia.

Este recurso literario, inadvertido entonces para mí como tal artificio, consistía en el despliegue de ciertos elementos constantes y más o menos análogos, encaminados a rodear de un clima de excepcionalidad al encuentro de los protagonistas, es decir, el momento en que pasaban de ser desconocidos a conocerse a que el hombre y aquella mujer que el autor, mediante una amañada y anterior atención a sus ademanes y rasgos, ya nos había venido señalando tácitamente como destinados a amarse contra viento y marea a través del hojaldrado de vicisitudes y malentendidos que habían de disolverse en el capítulo final. El hecho de que, al cabo de los años, la urdimbre de todas aquellas historias, devoradas en siestas veraniegas y en noches invernales, forme un conglomerado irrelevante del que solamente consiguen destacarse con sorprendente nitidez muchas de estas escenas iniciales del encuentro, no puedo atribuirlo a mayor maestría literaria por parte del autor en el tratamiento de estos fragmentos salvados del olvido, ya que, si bien se piensa, no eran menos convencionales que el resto del argumento, sino más bien al contrario. A solas, casi siempre de noche o al atardecer y mediante irrupción inesperada o violenta, cuya justificación no siempre era satisfactoria, el autor colocaba frente a frente por vez primera a aquellos jóvenes desconocidos en el seno de un decorado natural cuyas tintas de grandiosidad solían cargarse recorriendo a una gama de imágenes tópicas que tocaban a veces la grotesco. Y, sin embargo, hoy pienso que todo aquel ritual tenía cierto sentido: el de enmarcar el encuentro, acentuándolo como acontecimiento en sí y, por supuesto, el primordial de toda la novela. Comprendo, en suma, que con aquellas solemnidades descriptivas se estaba festejando el nacimiento de una esperanza tan arraigada en el alma humana que su renovación, por pobremente que se encienda, una y mil veces ha de hallar eco en todas las conciencias: la de que un ser pueda ser conocido y abarcado por otro o quien se enfrenta por vez primera. (Esperanza tergi-



*... y esta esperanza
resplandecía allí, nimbando la escena
inicial del encuentro...*

LOS MALOS ESPEJOS

versada, defraudada e incumplida en general de modo irremediable a lo largo de tiempos y de historias, pero resurgida perennemente al más tenue calor que la propicie.) Y esta esperanza resplandecía allí, nimbando la escena inicial del encuentro, aunque sus posibilidades se perdieran después enterradas en el discurrir de la anodina historia donde nadie llegaba a conocer a nadie, desorientados los propios protagonistas de su búsqueda inicial bajo la pulverización

de aquella anestesia sonrosada, uniforme y empalagosa con que los rociaba el autor a través de páginas y páginas hasta apagar en cada uno de ellos cualquier conato de curiosidad por el otro, hasta marearlos y entontecerlos.

Yo siempre cerraba aquellos libros, a los que tan ávidamente me había asomado, con la certeza de que, a despecho de las caricias jóvenes, algo les había impedido ser ellos mismos, relacionarse de un modo autónomo y original, y

pensaba que si yo no había logrado conocerles —es decir, diferenciar en algo a aquella María Victoria y a aquel Raúl de la Esmeralda, y el Jorge de otra novela— era porque ni uno ni otro habían sabido darse nada de lo que prometían y pedían sus miradas primeras, o, dicho con otras palabras, porque tampoco ellos se habían conocido en absoluto, por mucho velo blanco y flor de azahar que cerrara el relato. Y, al revivir ahora el repetido rastro de decepción que me dejaron aquellas novelas, tan lejano que se trata posiblemente de mis primeras decepciones, me parece percibir en su sabor, entonces inexplicable, una analogía con la amargura derivada después en tantas ocasiones del trato con personas a quienes defraudé o me defraudaron con referencia a las esperanzas concebidas para aquella amistad cuando se inició, o sea, en el momento del encuentro. Así que, a este respecto, se trataba de una retórica significativa (y a eso atribuyo su huella en mi recuerdo), la que se desplegaba en las novelas a que me vengo refiriendo para escenificar el encuentro de los protagonistas. La eficacia de aquellos relámpagos, bosques, huracanes, cumbres, playas solitarias, parques, barrancos o pueblecitos perdidos que servían de decorado no estaba tanto en el acierto de su evocación como en su misión simbólica de subrayar y enfatizar las posibilidades del encuentro como tal; las mismas —desaprovechadas o no— que siguen y seguían latiendo en la raíz de todo nuevo conocimiento, de por sí excepcional e irrepetible. Tanto aquellos rumores, perfiles y luces del entorno como la irrupción insólita en escena de alguno de los personajes —constante casi nunca fallida— eran estímulos que predisponían al lector a justificar la inmediata y fulminante curiosidad surgida entre aquellos dos seres que no sabían nada uno de otro y que —bien se mirasen simplemente o bien se hablasen ya— no habían de desear desde aquel punto y hora en adelante otra cosa, sino volver a verse.

Existía, por otra parte, aunque con menor frecuencia, un elemento más que me interesa destacar entre los ingredientes de aquellas historias, otro recurso, común éste a la literatura de todos los tiempos. Me refiero al cambio de apariencia, gradual o brusco, que solía sufrir alguno de los protagonistas en el curso de escenas posteriores, mediante cuya transformación se descubría que en el primer encuentro había fingido, por razones diversas que el texto iba explicando, una personalidad extraña a la suya habitual. Pero todas aquellas razones aparentemente diferentes venían a resumirse a la postre en una sola, en la misma de siempre, a la cual el lector, además, que

CARMEN MARTIN GAITE

estaba en el secreto, se había adherido de antemano con una benevolente solidaridad no exenta de envidia. Y la razón era ésta: aquellas personas que se fingían otras querían liberarse de la servidumbre de su propia biografía, deponer aquel peso por un día, por diez o para siempre; deseaban, en definitiva, ser otros y no podían serlo si alguien no les miraba como a seres en blanco, a descubrir exclusivamente guiándose por los datos y signos que la nueva relación que se gestaba fuera posibilitando. O, para decirlo con frase que más tarde o más temprano acababa apareciendo en boca de aquellos ingenuos farsantes, lo que les había empujado a la ficción era el anhelo de «ser queridos por sí mismos».

Esta pretensión, aun cuando enunciada en un lenguaje sentimental que confunde y hace discutible su sentido, no deja de albergar, con todo, una sed de autenticidad cuyas raíces son tan antiguas y universales que su rastro nos llevaría nada menos que a estudiar el sentido del disfraz en la literatura, en los juegos y en la vida. Recuérdese, por ejemplo, que Felipe V, cuando fue a Cataluña para recibir a su prometida María Luisa de Saboya, a quien no conocía, la acompañó durante un trecho del camino de incógnito, como un servidor más de los que, a caballo, daban escolta a su litera. Sin duda, el joven Rey, a quien ya empezaban a pesar demasiado los amobios y responsabilidades derivados de un papel con el que nunca se identificó del todo, deseaba dejar de asumirlo durante unas horas y sentirse espejado en los ojos de aquella niña como simple jinete apuesto, recibir la simpatía exenta de ganga que tal figura pudiera despertar en ella; dejarse mirar, en suma, a biografía depuesta, ser apreciado «por sí mismo».

Ahora bien, si tanto a este Rey disfrazado de escolta como a las misteriosas aristócratas centroeuropeas que en la novela rosa se hacían pasar por institutrices les hubiera preguntado alguien por esa identidad, por ese «lo que soy», cuya esencia parecían tener en tanto, no la hubieran sabido definir ni aproximadamente. Precisamente la buscaban en los ojos de otro, pedían un buen espejo que se la hiciera conocer. A eso es a lo que voy: lo que querían era conocerla.

Hoy día, que no nos solemos disfrazar de nada ni tenemos de ordinario la ocasión de encontrarnos al anochecer con un desconocido misterioso junto a un solitario acantilado, perdura, sin embargo, en nosotros esa sed de ser reflejados de una manera inédita por los demás, la sed de espejo.

A todos, ya lo creo, nos gustaría encontrar ese buen espejo don-

de no se reflejaran más imágenes que las que se fueran produciendo al ponernos nosotros frente a él, por fragmentarias, incoherentes o indiscutibles que fueran. Un espejo que no nos amenazara con estar albergando en el fondo de su zogue previas versiones de nuestro ser, ni siquiera aun cuando fueran más armoniosas y halagüeñas que las que ese momento promueve y estimula. Lo que uno querría, en efecto, a cada momento, es que le mirasen y tuviesen en cuenta por ese momento, que le dejasen ensayarse en libertad, que no le interpretasen por la falsilla de datos anteriores a los gestos que está haciendo o a las palabras que está diciendo. ¿A quién no le ha agobiado alguna vez su propia biografía, quién no ha ansiado arriar el personaje que la vida le impele a encarnar y con cuyo espantajo irreversible le acorralan los malos espejos, esos ojos que no saben mirar ni leer más que lo ya mirado o leído por otros?

He llegado a pensar que, si se profundizase con tesón y buena fe en los conflictos psicológicos que zarandean y esclavizan a la mayoría de las personas de nuestro entorno, se descubriría que, por debajo de los disparejos argumentos enhebrados con mayor o menor lucidez o sinceridad para explicar el propio malestar, late (desvinculado de esas historias que el paciente petrifica, al contarlas, condenándose a su yugo) un último motivo unánime de infelicidad: esa sed de que alguien se haga cargo de la propia imagen y la acoja sin someterla a interpretaciones, un terreno virgen para dejar caer muerta la propia imagen, y que reviva en él.

Hoy día, que no tenemos de ordinario la ocasión de encontrarnos al anochecer con un desconocido misterioso junto a un solitario acantilado...



A lo que más apego se tiene es a uno mismo, pero los esforzados y solitarios buceos por el interior de ese habitáculo, mitad orden mitad caos, que constituye el propio ser acaban resultando insuficientes, por mucho querencia que nos vincule a tal recinto. Incluso para la gente —cada día más escasa, por cierto— capaz de aguantarse a sí misma y de resistir a pie quieto en la morada personal, los pasillos y recodos miles de veces explorados, palpados y recorridos a solas se convierten al cabo en laberinto. Y el propio yo viene a verse con una especie de telón despintado y engañoso que solamente una mirada ajena podría hacer creíble y reivindicar.

Pero las miradas ajenas sobre el propio recinto resultan peligrosas; una y mil veces hemos comprobado que introducen elementos de difícil injerto y acomodo, que añaden confusión, y nos hemos sentido agobiados por el peso de la decepción que se derivaba de esa comprobación cuanto más reincidente más abrumadora, nos hemos preguntado: «pero, ¿por qué siempre lo mismo?; pero, ¿por qué?». Creo, recogiendo el hilo de lo que antes venía diciendo, que existe una razón fundamental, la que invoco en el título mismo de estas reflexiones: la de que los espejos son malos, traen resabio. Las miradas que se asoman a nuestro recinto se empeñan en ordenar desde fuera, con arreglo a normas previas y postizas, se aplican a rectificar lo que ven, a colocarlo e inventarlo de modo definitivo apenas se dibuja el más tímido esbozo que pudiera animar a la exploración o a la contemplación. Hacen eso: se asoman desde lo

... desde cuya portada solía mirarnos, por una cincuenta, cierta extraña mujer de boquita pequeña, ojos perdidos en la lejanía y sombrero calado hasta las cejas.



más afuera posible, justamente desde la rendija que basta para poder meter un poco las narices más que los ojos y pegar una nueva etiqueta expeditiva, «ya está, a ése ya le he entendido, ya puedo hablar de él, larguémonos con la música a otra parte, a otra rendija, éste ya está archivado, paranoico, invertido, reprimido, lo que sea, cuestión zanjada». Son miradas que se asoman, que no se aventuran a internarse, que no permiten desahogo a los objetos amontonados en aquel interior para que se revelen en una sucesión lenta y autónoma de imágenes fieles a su propia confusión, a su propio desorden: son miradas que abominan lo intrincado.

Esta tendencia a la interpretación expeditiva se ve favorecida y aumentada por el alud de datos banales, apresurados y siempre de segunda mano que hoy en día cada persona se dedica a poner en circulación con un empeño ardiente y compulsivo acerca de todas las demás personas no ya que conoce, sino que ha visto arriba de dos veces o de las que ha oído simplemente hablar, posiblemente a otros que tampoco habían aplicado demasiado rigor al conocimiento de esas almas cuya interpretación ventilan. Con lo cual viene a crearse una especie de remolino de datos equivocados sobre datos equivocados, un cerco mareante y maldito estrechándose sobre cada individuo, acorralándolo de modo cada día más irreversible.

En el fondo de esta cuestión anida, en definitiva, un último y profundo «quid» común a otras muchas que padece el hombre de nuestros días. El secreto está en que ya nadie se aventura a solas a nada, cada día da más miedo. Ni a conocer a una persona, ni a leer un libro, ni a hacer un viaje. Para todo se acude a las guías, a los informes, a los resúmenes. Nadie quiere arriesgarse porque ir a solas entraña siempre riesgo, de eso qué duda cabe; pero es, por otra parte, la única forma de inventar o de descubrir algo inédito. Ni de un libro se puede tener idea leyendo la solapa o mirando sus páginas al son de un tocadiscos, ni un paisaje nos lo puede explicar un ciclorone, ni alguien de quien se han pedido informes nos dirá nunca nada. Tanto los lugares como las personas, como los libros, aun a riesgo de perderse por ellos, hay que atreverse a leerlos uno mismo. Simplemente dejándolos ser.

Y solamente aquellos ojos que se aventuraran a mirarnos partiendo de cero, sin leernos por el resumen de nuestro anecdotario personal, nos podrían inventar y recompensar a cada instante, nos librarían de la condena de la representación habitual, nos otorgarían esa posibilidad de ser por la que suspiramos. ■ (Ilustraciones: Archivo Martin Gaité.)